

ESPACIO TEXTILERO: ENCUENTRO DE MUJERES RURALES Y URBANAS EN UNA CULTURA LABORAL

Teresa Ramos Maza
Cuerpo Académico: Política, Diferencia y Fronteras
CESMECA-UNICACH

INTRODUCCIÓN

En el presente artículo propongo y muestro cómo a través del proceso que he llamado *la vía de la nueva artesanía*¹ ha surgido una nueva cultura laboral creada por mujeres tseltales y coletas. Esta cultura laboral forma parte de un área territorial que une a ciudades con poblaciones rurales en una continuidad geográfica que denomino *el espacio textilero*. Este espacio es visto como: 1) un espacio intercultural de relaciones sociales de diversa índole: económicas, culturales y políticas que se puede considerar un espacio híbrido que ha sido generado por un proceso de combinación de prácticas y objetos considerados como prácticas sociales discretas y separadas, para formar nuevas estructuras, prácticas y objetos en las que se mezclan los antecedentes, (García C. 2002); y 2) como un ámbito de mujeres en el cual ellas crean y mantienen una actividad laboral que ha servido no sólo para sobrevivir y mejorar su economía familiar sino también como un espacio en donde ellas han podido trascender hacia nuevas formas de organización social y cultural.

En los Altos de Chiapas, mujeres indígenas y mestizas en su encuentro en la producción textilera abrieron las puertas a una expansión exitosa de una artesanía que articula redes de mujeres urbanas y rurales. A través de la organización del trabajo de textiles se articulan espacios urbanos y rurales y se conforman procesos que trascienden los territorios físicos y las identidades étnicas. Ambos grupos de mujeres, en su constante interacción han expandido en corto tiempo el mercado de trabajo femenino y han creado juntas una nueva cultura laboral a partir de la tradición artesanal. Las relaciones que han sido creadas a través de la producción en el área textilera estudiada son un modelo de articulación de prácticas femeninas y masculinas que pueden ser transformadoras de relaciones de género entre las familias y en la comunidades.

En la producción de artesanías, se presentan situaciones de coexistencia de procesos artesanales o “tradicionales” y procesos de manufactura industrial, en los cuales los grupos sociales actualizan viejas formas de relaciones laborales como el trabajo a domicilio. La revisión presentada en las páginas anteriores ejemplifican la heterogeneidad multitemporal de la modernidad en los países de América Latina, (García C., 1998 y 2004).

El incremento en la producción artesanal es parte de la pluriactividad de las familias del campo mexicano que han reconfigurado los mercados de trabajo al combinar actividades agrarias con no agrarias, formales e informales y juntar nuevos vínculos entre el campo y las ciudades, (Arias, P. 1992; Lara, S. s/f). Si bien uno de los fenómenos más relevantes ha sido la migración de la población del campo a las ciudades también se dan procesos en donde la gente tiene un continuo movimiento de la ciudad al campo y viceversa.

¹ Sobre este tema consultar: Ramos Maza, T. 2004. “Artesanas y artesanías: indígenas y mestizas construyendo espacios de cambio”. En *Liminar*. Año 2, vol. II, núm. 1, junio de 2004 del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica- UNICACH.

Así, en la región de los Altos de Chiapas, parte de la llamada población flotante de San Cristóbal está formada por gente de los distintos municipios de la región que se trasladan diariamente a la ciudad. Ahí se emplean en una diversidad de actividades: albañiles, jardineros, empleadas domésticas, empleados de establecimientos comerciales, vendedores ambulantes, principalmente. Así, las ideas y significados de la “urbanización” son trasladadas y puestas en práctica en el poblado antes campesino, ahora nuevo poblado que no es tampoco el ejemplo tradicional de lo rural. Las opciones de empleo y de inversión de la ciudad son retomadas por los habitantes de los pueblos rurales.

Actualmente en el estado se vive una situación compleja en donde viejos problemas como la crisis agrícola y el desempleo lejos de resolverse se profundizan. Es un estado cuya modernidad en la globalización, se traduce en un incremento de la pobreza, de ampliación de las brechas de la desigualdad no sólo entre los sectores de la población sino también entre sectores. Para el año 2000, 75.87 % de la población ocupada en el estado se ubica en los niveles de pobreza y 70.11% de éstas se colocó en la pobreza extrema. Los ingresos de 84.85% de la población ocupada en el sector agrícola chiapaneco no alcanzan ni el salario mínimo, (Villafuerte, D. 2003:93).

Además de la crisis económica, en Chiapas pueden apreciarse otras caras de la globalización: movimientos sociales que luchan por la democracia, la igualdad y la tierra, apoyados en redes internacionales de movilización política; un flujo constante de personas locales, regionales e internacionales que se movilizan dentro y fuera del país tras el trabajo y los ingresos, formas distintas de vida y turismo.

En esta reconfiguración productiva, política y cultural, no sólo se dan procesos de rerruralización de las ciudades sino también de la urbanización del campo, (Arias, P., 1992; Lara, S. s/f). Una urbanización-ruralizada no sólo por la gran cantidad de migrantes indígenas que habitan en la ciudad, sino porque las características actuales de ciudades chiapanecas como San Cristóbal, en cuanto a infraestructura urbana, servicios. Por ejemplo, mientras algunos caminos de los pueblos se convierten en calles pavimentadas, las calles de las ciudades se convierten en caminos de terracería. Los poblados de los Altos se llenan de “tienditas”, locales de juegos de video, mientras la ciudad cambia paisajes de unidades habitacionales y automóviles a paisajes que antes sólo se veían en el medio rural, como los hatos de borregos cuidados por sus dueñas, chamulas tejiendo textiles mientras sus animales se alimentan en los pocos espacios con pasto de la periferia de la ciudad, pastores arreando ganado. Estos nuevos paisajes de la ciudad se deben no sólo a la pluriactividad de las familias de los pueblos indígenas que, debido a la crisis agraria se tienen que trasladar a la ciudad, sino también han sido provocados por diferentes conflictos políticos, sobre todo el de las expulsiones de familias indígenas evangélicas de su territorio original. Existe por una parte, cada vez menos inversión pública dedicada tanto al medio rural como al urbano y al mismo tiempo las prácticas sociales y culturales de las poblaciones han ido modificándose. Estos factores, en algunas regiones del país han provocado no sólo un estancamiento económico de ambos espacios territoriales sino también los hace parecerse.

Tradicionalmente se ha entendido lo rural por una vida cotidiana de la gente anclada en el trabajo agrícola. En este sentido hoy lo rural en Chiapas también ha modificado su significado. En la globalización mexicana y en particular, chiapaneca, la ciudad no crece como ciudad ni el campo crece como campo. El espacio textilero que estudio es parte de esta reconfiguración de las ciudades y el campo chiapaneco en la globalización. Parte de la región de los Altos de Chiapas es sin duda alguna, muestra relevante de la actual frontera desdibujada de la tradicional concepción dual entre la ciudad y el campo.

SAN CRISTÓBAL: EL TEJE-MANEJE DE LAS ARTESANÍAS

San Cristóbal de las Casas es hoy una ciudad cuya dinámica socioeconómica está basada principalmente en el turismo. De ahí, que las artesanías representan una actividad en torno a la cual se movilizan diversos

grupos sociales de la región: artesanas, comerciantes, funcionarios públicos, asesores de organismos no gubernamentales y el sector de servicios turísticos. Desde los años setenta, la poca inversión en Chiapas ha estado orientada hacia el sector terciario de la economía, en donde la rama de turismo ha sido prioritaria (Villafuerte, García: 1994). Este fenómeno de terciarización, a su vez, ha generado la formación de mercados en donde tanto mujeres rurales como urbanas han abierto nuevos espacios y ha generado también un proceso de “secundarización” de la economía en algunos sectores de familias rurales de la región de Los Altos, principalmente a través del incremento de la participación femenina en la elaboración de artesanías. Según una estimación del Instituto de las Artesanías de Chiapas en el estado existe un número aproximado de 300 000 artesanos.²

En diciembre del primer año del siglo XXI, en un céntrico hotel de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, se celebra un evento que la maestra de ceremonias caracteriza como “muy especial e importante porque su objetivo es poner a la artesanía chiapaneca a la vanguardia de la moda”. Se trata de un evento que reúne a funcionaria/os de gobierno, artesanas, modelos y demás público y en donde los pertenecientes a cada grupo son indígenas y mestizos. Es la convivencia del nuevo siglo entre los chiapanecos a través de la artesanía.

Las nuevas prendas de vestir diseñadas con base en los textiles indígenas de Los Altos son exhibidos por jóvenes mujeres indígenas. Se trata de que los textiles de Chiapas estén a la vanguardia de la moda porque el estado “tiene mucho que dar para posesionarse de un buen mercado”. Al mismo tiempo, es importante cuidar la tradición cultural: “los textiles chiapanecos contienen símbolos: el cielo, la tierra, la formación del mundo, el cosmos maya”. Así también, la primera sección del desfile de modas es anunciada como “orgullosamente indígena” y es presentada por jóvenes mujeres indígenas de Tenejapa, Zinacantan y Chamula, quienes, al ritmo de la música *new age* exhiben, a la manera de las modelos profesionales, sus modernos trajes *tradicionales*.

Se trata de crear nuevos diseños “*nuevas prendas que elaboran nuestros compañeros y compañeras para ofertar y comercializar y que dejen un ingreso para las mujeres y sus familias sin perder la esencia de lo que significa la artesanía, el bordado*”, clamaba entusiasmada la presentadora de la nueva moda del textil chiapaneco. Al paso de las jóvenes de Tenejapa, Zinacantan, Chamula modelando contentas, desinhibidas y sonrientes, la conductora del evento explicaba: “*traje de dos piezas en tela azul, muy ejecutivo....la sencillez y la elegancia de este traje ...que es el paso de lo indígena tradicional a los dibujos modernos...*” Mientras transcurría el desfile, en las últimas filas, artesanas llegadas de distintos poblados, empezaban a repartir sus direcciones y números telefónicos a sus posibles compradoras. El evento terminó con el discurso de un funcionario quien remató: “Se trata de crear nuevos diseños nuevas prendas que elaboran nuestros compañeros y compañeras para ofertar y comercializar y que dejen un ingreso para las mujeres y sus familias sin perder la esencia de lo que significa la artesanía, el bordado, la tradición”. Se busca “lo moderno para el mercado” y la “tradición” ¿para quiénes?

Las mujeres del área de estudio dan una respuesta pragmática. Doña Bertha la enfermera de Aguacatenango me dijo: *cuando voy a hacer trámites con el gobierno uso mi falda de Aguacatenango, sólo a Comitán voy de enfermera porque así el presidente municipal tiene la obligación de recibirme. En una reunión con funcionarios de gobierno que llegaron para dar apoyos y capacitación para la producción textil, ella estaba vestida de enfermera y salió de repente para vestirse con su traje de aguacatenanguera. Regresó agitada comentando: si quieren tradición acá está.*

Las escenas anteriores nos ilustran bastante acerca de la importancia de las representaciones de lo indígena para diversos sectores de Chiapas y también el uso estratégico de indígena por las mujeres. Al mismo tiempo muestran parte de las nuevas estrategias y políticas gubernamentales para lograr una

² Entrevista al Director de Producción, Organización y Diseño del Instituto de la Artesanía de Chiapas.

mayor competitividad internacional de las artesanías chiapanecas. La *tradición* a través de las artesanías, como lo demuestro en párrafos anteriores, ha sido constantemente renovada por las familias artesanas en las diversas regiones del país.

Sobre los textiles de Los Altos, se ha dicho que “podían haber sido una fuente alternativa de subsistencia (...) pero “difícilmente resisten la competencia con las artesanías guatemaltecas más baratas y mejor adaptadas a los gustos y necesidades de los turistas”, (Viqueira:1995: 225). Al respecto es necesario decir que la cuestión es más complicada. Alrededor de las dos vías de la artesanía textil comentadas, existe hoy en la región una competencia en cuatro sectores de la población de San Cristóbal que se disputan la comercialización de los textiles: las coletas, las y los indígenas chamulas, las cooperativas y asociaciones de artesanas y algunos empresarios extranjeros que residen en el lugar. Como dice Ramón Pitarch, lo que el turista ve “como un objeto de fabricación y comercialización elemental (...) esconde tras de sí un mundo de transacciones complicadas” (1995:240).

En el desarrollo del mercado de textiles en la región se pueden distinguir dos etapas: la primera comprende el periodo de principios de los años sesenta hasta los ochenta, en el cual era predominante la actividad comercial de las mujeres coletas de la calle Real de Guadalupe³ y algunas comerciantes fuereñas. La segunda etapa se puede caracterizar por un aumento del comercio de artesanías por un grupo importante de familias chamulas y por grupos de artesanas apoyadas por organizaciones no gubernamentales.

Las indígenas a través de diferentes estrategias han logrado colocarse a la cabeza del mercado de textiles. Si a principios de los noventa las “damas voluntarias” del DIF se reunían para organizar muestras de artesanías a nivel local y nacional, hoy son las indígenas las que organizan exposiciones a nivel internacional. Ha sido sobre todo el sector de comerciantes chamulas sancristobalenses las que han logrado monopolizar el mercado de textiles. Los establecimientos de la plaza de Santo Domingo⁴ pertenecen a estas familias. La actual tendencia parece ser un creciente control del mercado de artesanías por las y los indígenas chamulas expulsados⁵ que viven en San Cristóbal. Parte de éstas descienden también de los antiguos comerciantes que se han dedicado a la migración para trabajo asalariado y al comercio ambulante. Su participación en este mercado, se inició a través del comercio de hilos de Guatemala, pues algunos de ellos se dedicaban a comprar materiales en la zona de la frontera con Guatemala, de esta manera introdujeron también los textiles manufacturados del vecino país. Los textiles de Guatemala que se venden en San Cristóbal son en su gran mayoría, productos manufacturados en talleres industriales y por tanto son más baratos y con diseños más diversificados.

Los atrios de las iglesias de Santo Domingo y de La Caridad son los lugares de la ciudad que se han convertido actualmente en el sitio de venta de artesanías más concurrido y visitado por el turismo. Las chamulas y sus familias controlan este espacio turístico y se dedican a revender artesanía de varios poblados de Los Altos, a producir bajo sistema de maquila diferentes prendas, desde los textiles tradicionales hasta blusas hechas totalmente a máquina. También importan textiles de países centroamericanos y sudamericanos, como Ecuador y Perú.

Esta situación forma parte de la actual dinámica política, cultural y económica de la ciudad. En los análisis sobre la realidad actual de Los Altos y en particular de la ciudad de San Cristóbal, se ha señalado como elemento fundamental en la “reindianización” de la ciudad y como parte del proceso del *empoderamiento indígena*, sobre todo después de 1994, (Burguete, A.,1999). Una característica

³ El Barrio de Guadalupe es uno de los barrio más antiguos de la ciudad, su calle principal es conocida como “Calle Real” y es la calle en donde se establecieron los primeros comercios de textiles propiedad de las familias de comerciantes coletas.

⁴ El mercado de artesanías de Santo Domingo está situado en la plaza del ex convento e iglesia del mismo nombre y de la iglesia de La Caridad, al norte de la ciudad, en el Barrio de El Cerrillo.

⁵ Los “expulsados” son las familias chamulas que han sido corridas de sus localidades utilizando diferentes grados de violencia por conflictos político-religiosos y que ahora residen en la periferia de San Cristobal.

importante ha sido el proceso de control paulatino de los mercados que ha logrado la élite indígena: el mercado de transporte público, el mercado de productos agropecuarios y el mercado de artesanías; también se ha iniciado ya su incursión en el mercado de servicios turísticos.

El movimiento indígena neozapatista, efectivamente ha sido un elemento que ha dado un mayor margen y reforzamiento a la presencia indígena en San Cristóbal, pero la actual reindianización de la ciudad tiene que ver sobre todo con la historia de las relaciones entre las distintas etnias de Los Altos. San Cristóbal ha sido desde siempre una ciudad en donde han convivido *mestizos, ladinos, coletos, tsotsiles, tseltales, zinacantecos, chamulas*; más recientemente, *coletos auténticos, coletos coletos, sancristobalenses, chamulas expulsados, extranjeros, gringos, fuereños*, entre otros grupos y formas de autoidentificación y denominación de los grupos sociales de la región.⁶

Considero entonces, que la creciente y cuasi-monopólica participación indígena en el mercado de textiles, ha sido resultado de la conjunción de las estrategias económico-políticas que las familias artesanas chamulas han puesto en práctica desde inicios de los setenta y la continua y renovada política gubernamental de promoción de las artesanías. De acuerdo con la costumbre de la comunidad revolucionaria institucional (Rus, J., 1995) estas familias de expulsados han formado uniones de artesanos vinculadas al poder político local y regional y han logrado posesionarse del lugar en donde cada espacio tiene un precio y al cual no pueden acceder artesanas de otros lugares de la región como las de Aguacatenango y Margaritas.

A pesar de los intentos de uno de los últimos presidentes municipales de la ciudad para retirarlos de ese lugar, ellos se mantienen en la plaza. En enero del año 2001, la presidencia municipal, como parte de los acuerdos políticos, desalojó a algunos comerciantes del atrio y tuvo la intención de trasladarlos al nuevo lugar que la presidencia destinó como mercado de artesanías. Uno de los argumentos para el desalojo fue el de “la autoridad debe resguardar los edificios que son nuestro patrimonio”. El día 10 de ese mismo mes todas las comerciantes ya estaban reinstaladas de nuevo en sus locales de la plaza. Una de ellas, en un foro organizado en defensa de los expulsados desalojados, declaró lo siguiente:

Nosotros somos expulsados desde 1974 de San Juan Chamula, fuimos llevados al atrio de Santo Domingo por el Lic. Rosas, pagamos nuestros derechos de piso que el cobrador pedía y tenemos nuestro recibo oficial, 2000 pesos. Las artesanías son herencia de nuestros abuelos y no queremos dejar...compramos mercancía a nuestros familias. El gobierno nos prometió, le dimos su chuj, su chaqueta y él prometió que nos iba a dar lugar con tal de los votos, ¿a dónde se fue su promesa del presidente municipal...? cuando venimos acá ellos nos dijeron que podíamos poner nuestros lazos en los árboles y ahora nos acusa de estar destruyendo los árboles... (Comerciante de artesanías de Sto. Domingo)

El asunto fue ampliamente comentado y discutido a través de los medios de comunicación locales, en donde se emitieron opiniones de la más diversa índole:

los indígenas son unos cochinos y le dan un aspecto degradante a la ciudad;
“la basura es un problema de todos, somos todos, debemos buscar soluciones no conflictos, no debemos caer en el racismo...; ellos tienen derecho como todo el mundo, deben reubicarlos, ellos pagan su cuota; que se cumpla la ley, aplicar la ley con más rigor, es una burla al municipio;

⁶ Sobre este tema se puede consultar: Sulca, E. 1997 *Nosotros los coletos. Identidad y cambio y en San Cristóbal de Las Casas*, Separata Anuario 1996, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas; Pitarch, P. 1995, “Un lugar difícil: estereotipos étnicos y juegos de poder en los Altos de Chiapas” en Viqueira, J. P. y M. H. Ruz 1995, *Chiapas: los rumbos de otra historia*. UNAM-CIESAS-CEMCA-UAG.

Lo anterior es una muestra de la diversidad de posiciones y opiniones y de la conflictividad entre los grupos sociales del nuevo San Cristóbal. También es una de las nuevas formas en que se discuten y dirimen los conflictos en torno a la histórica confrontación ladina-indígena en la región.

LOS DESENCUENTROS: INDÍGENAS Y LADINAS, ESTEREOTIPOS DE LAS MUJERES DE LOS ALTOS

Las imágenes sobre las mujeres de San Cristóbal que nos presentan los diferentes tipos de estudios y materiales: históricos, etnográficos, periodísticos y literarios nos ofrecen casi siempre retratos fieles de los estereotipos de mujeres mestizas e indígenas. Estereotipos que se han construido a través de las relaciones históricas entre ambos grupos: las mestizas son siempre mujeres abusadoras, patronas ladinas que sólo buscan cómo desprestigiar y despojar a las indígenas a quienes ven como seres inferiores mientras las indígenas son siempre las sumisas y pacientes víctimas. Nadie ha retratado mejor estas imágenes que la pluma de Rosario Castellanos. En su libro de cuentos *Ciudad Real* describe a las *atajadoras*,⁷ típicas representantes del abuso de los ladinos hacia los indígenas.

Sin duda la historia y la realidad social constatan ardua y tristemente estas representaciones. Sin embargo, al mismo tiempo de éstas se han dado también otro tipo de relaciones, de comportamientos, de alianzas y tratos entre ambos grupos. Situaciones que no han sido lo suficientemente abordadas en toda su complejidad en pos de ver siempre a las sociedades a través de las dualidades y binomios de oposición.

San Cristóbal fue desde el siglo XVI una ciudad pluriétnica: “tal como en las pequeñas ciudades universitarias de Europa o en los centros de la diplomacia internacional de hoy, se oían en las calles idiomas por doquier tzotzil, tzeltal, zoque, nahuatl, o mexicano..” (Aubry: 1991:27). Desde esos siglos San Cristóbal, representó un refugio urbano para los poblados indígenas que padecían de hambruna, epidemias y repartimientos. Llegaban a la ciudad en busca de protección de la iglesia, para curar sus enfermedades o simplemente para “sobrevivir en las banquetas mientras les faltaban sus milpas..” (*ibid.*)

En contraste con muchos de los trabajos sobre la región y la ciudad, el historiador Andrés Aubry (1994), nos refiere a imágenes tanto de coletas como de indígenas de fortaleza y de poder. Las coletas tuvieron un papel fundamental en la “historia urbana del miedo”. Señala que San Cristóbal, “ciudad de conquistadores nacida de un combate, crecerá como ciudad militar o policiaca, habitada por el miedo... La dominante urbana desde el siglo XVI es el miedo porque sus fundadores temían un venganza indígena” (1994:307). Este autor, en su estudio de la historia demográfica de San Cristóbal, habla de una mujer coleta que tuvo desde el siglo XVIII la “vocación de Mamá Grande”, las mujeres, ante la ausencia del hombre y siendo la mayoría poblacional, “se impusieron ...por sus funciones de gestoras del hogar y de su honorabilidad, de administradoras del miedo...de reguladoras de la vida cívica, de sustentadoras de la persistencia urbana...”, (*ibid.*:312). En el siglo XIX, las coletas sacaron de la ciudad a las tropas intervencionistas de Maximiliano, expulsaron al prefecto gobernador y liberaron así a su ciudad. A fines del siglo XX, la *Mamá Grande* se presenta de nuevo pero ahora es indígena: son las guerrilleras zapatistas.

A finales del siglo XVIII la ciudad creció con la “migración de la pobreza” de gente de los poblados rurales que padecían de múltiples mecanismos de explotación: pago de jornales miserables o con mercancías que no necesitaban, maltrato de funcionarios de la Corona, contratación con deuda;

⁷ En el cuento “Modesta Gómez”, Castellanos escribe: “Las atajadoras se lanzaron contra los indios desordenadamente. Forcejeaban, sofocando gritos, por la posesión de un objeto que no debía sufrir deterioro. Por último, cuando el chamarro de lana o la red de verduras o el utensilio de barro estaban ya en poder de la atajadora, ésta sacaba de entre su camisa unas monedas y, sin contarlas, las dejaba caer al suelo de donde el indio derribado las recogía...”, (*Ciudad Real*, quinta edición, 1990, Universidad Veracruzana, p. 73). Las “atajadoras” son caracterizadas por Colby y Van Den Berghe (1966) como “las comerciantes coletas que aguardan en grupos el paso de los indígenas, deteniéndolos cuando aparecen y los fuerzan a venderles su mercancía a precios considerablemente inferiores a los del mercado...” (1996:42).

intermediación comercial. Un mecanismo de explotación de la mano de obra indígena femenina fue “la maquila de las artesanas con algodón fiado y no confiable, pesado con medidas chuecas” que las indígenas hilaban en su casa y era pagado por debajo de su precio y vendido en el mercado por los acaparadores (Aubry, 1991: 46).

Estas imágenes, también nos pueden dar una idea de los porqués ahora en la ciudad se pueden contemplar la gran diversidad de representaciones femeninas. Hoy, parte del paisaje de la ciudad, son las artesanas y vendedoras de artesanías chamulas, las vendedoras coletas de dulces y ponches, mujeres indígenas con sus hijos formando filas en los bancos del centro histórico, maestras rurales indígenas haciendo trámites, las fuereñas casi siempre representadas por mujeres llegadas de la ciudad, del D.F. o del extranjero (E.U. Francia, Alemania, Italia, etc.) y que se dedican al comercio, a la academia, a la asesoría en las organizaciones no gubernamentales o a los servicios turísticos. Y sí, también persisten en el paisaje de la ciudad, los indígenas hombres y mujeres que sobreviven en alguna banqueta, como en los siglos XVII y XVIII pero ahora son representaciones de la modernidad y globalización de Chiapas.

La anterior información histórica nos presenta antecedentes sobre el trabajo de textiles en la región y nos da una idea de las relaciones de explotación entre españoles e indígenas. También nos dice que, desde la fundación de la ciudad las mujeres de San Cristóbal han sido más que las coletas. Los retratos históricos nos hablan de los dos grupos como grupos sociales altamente diferenciados: las indígenas son parte de la mano de obra que explotaron los españoles: Hoy, que son las mujeres las que se han apropiado de esta actividad, ¿qué relaciones establecen y cómo y quiénes han salido beneficiadas?, ¿quién es ahora la mujer coleta antes representada por la atajadora y la patrona?, ¿cómo han sido vistas y cómo se ven ellas mismas? ¿Cuáles son sus trabajos y sus intereses? En los siguientes apartados trato de responder a estas preguntas.

Actualmente los estereotipos han empezado a ser desgastados con otras realidades. Rus (1997) la antropóloga *fuereña* que reside en la ciudad, nos entrega valiosos testimonios de la vida y la historia de las coletas y nos presenta a varias mujeres que se han enfrentado en la lucha diaria por la vida. Es un repertorio de mujeres representantes de varios grupos sociales de la ciudad: mujeres que viven en diferentes barrios desde el Centro Histórico hasta los barrios más alejados como los *del Cerrillo* y *Cuxtitali*, pasando por el barrio de *Guadalupe*. Aunque entre las entrevistadas hay diferencias de clase social todas hablan del trabajo como un asunto muy importante en sus vidas.

Las mujeres —dice Rus— fueron capaces de sobrevivir a las ausencias de los hombres⁸, además de proveer estabilidad y los bienes necesarios para el sustento de su familia. Según la interpretación que hace Rus de los testimonios, el trabajo pagado es visto primero y por encima de todo como absolutamente necesario para su supervivencia. A través de uno de los testimonios, podemos encontrar cómo una de las mujeres comerciantes se ve a sí misma y, en general a las mujeres *coletas*: “...no somos tan sumisas como tienen la imagen, la idea de que la mujer sancristobalense, la mujer coleta, somos muy sumisas...” (1997:85).

Las mujeres de San Cristóbal sobresalen en el comercio. En los diferentes tipos de comercio de la ciudad, el ambulante y el establecido en un lugar fijo se observa que son mujeres las responsables del negocio. En el primero sobre todo mujeres indígenas, pero también algunas *coletas* que se dedican a la venta de alimentos, en el centro de la ciudad. El comercio es la actividad a la que más se han dedicado desde siempre.

Las indígenas que residen en la ciudad también se dedican al comercio, tanto ambulante como en puestos fijos en los mercados; a la producción y venta de artesanías y a la producción de borregos y hortalizas en mínima escala. Viven en San Cristóbal también muchas mujeres que se dedican al

⁸ Los hombres de San Cristóbal abandonaban la ciudad para administrar las fincas y haciendas y realizar sus negocios.

magisterio. En Chiapas, ha sido de larga tradición que las mujeres se dediquen al comercio y a ser maestras sobre todo de educación primaria rural y urbana. No sucede como en la región del Bajío, en donde la expansión manufacturera e industrial dio origen a que muchas de las mujeres salieran de sus hogares para dedicarse a comerciar, (Arias, P. 1992) sino que acá en gran parte han sido las mujeres las que han hecho el comercio desde siempre. Como veremos páginas adelante, el comercio es parte de la cultura e identidad de las mujeres.

Después de conocer estas nuevas imágenes: la mujer indígena explotada por los españoles y criollos en los años de la conquista, ahora convertida en guerrillera y defensora de los hombres contra la represión del ejército y la mujer coleta de fines de siglo XX, ¿se podría pensar que las comerciantes coletas son las representantes actuales de las *atajadoras*?

Actualmente se nos presenta a ambos grupos ya no como las ladinas coletas explotadoras de las indígenas, sino se las coloca juntas en una exigencia por sus derechos, las mujeres de San Cristóbal, nos dice Rus, “están usando los mismos procedimientos que han sido explorados por otros grupos étnicos (...) menos poderosos para exigir derechos hasta ahora negados..” (1997:13). Las coletas del siglo XVIII se quedaron solas, dueñas de la ciudad ante la migración de los hombres, las indígenas del siglo XX también se quedaron solas en sus poblados ante la migración de los hombres. Unas son “mamas grandes” y otras “guerrilleras” y ambas se convierten en expulsoras de ejércitos. ¿Cómo verlas en su interacción cotidiana en los tratos de la manufactura de textiles? ¿Qué nos dice su encuentro en donde unas y otras han sacado ventajas del trabajo remunerado dentro de sus hogares?

Como se menciona en páginas anteriores, el trabajo de las mujeres indígenas en la manufactura de textiles también fue objeto de mecanismos de coerción social de los españoles, como la imposición del pago de tributo, pues “en la segunda mitad del siglo XVI era común entre los encomenderos sacar indias de sus pueblos y situarlas en lugares cerrados, como corrales, donde las obligaban a tejer vestidos de algodón y lana en pago de tributo. En 1549 el rey prohibió “que se encierren en corrales a las indias a hilar” y que se les permita estar en sus casas para realizar dicho trabajo” (Bonnarcorsi:1990). Se documenta también sobre el repartimiento de hilaza entre las mujeres de los poblados. Los Corregidores distribuían cuatro veces al año pacas de algodón para que las mujeres las hilaran ya sea en forma gratuita o pagándoles precios ínfimos (Maurer, s/f). ¿Qué sucede entonces con las contradicciones del enfrentamiento histórico entre las coletas e indígenas?

LAS COMERCIANTES DE REAL DE GUADALUPE

La calle Real de Guadalupe hoy sigue siendo la “tradicional calle de las artesanías” de la ciudad, pero ya no es aquella avenida de los sesenta en donde los primeros antropólogos extranjeros que llegaron a la región, podían observar el cotidiano trato comercial entre los indígenas y los coletos al tiempo que admiraban la diversidad de “auténticos vestidos indígenas” portados por las familias y después exhibidos en las tiendas. Muchas de las viejas casas de familias coletas y antiguos locales comerciales han desaparecido para dar paso a establecimientos de internet, posadas multilingües, tiendas de artículos *naturistas y ecológicos*. Los turistas pueden admirar artesanías y degustar comida francesa, italiana, hindú, austriaca, atendidos por dueños de estas nacionalidades. Ahora se observa la convivencia de gente de varios países y etnias. Junto a las tiendas de las comerciantes coletas se encuentran tiendas de textiles que pertenecen a agrupaciones de artesanas indígenas. En la tradicional y famosa “calle de las artesanías” del barrio de Real de Guadalupe las artesanas son ya dueñas de establecimientos de textiles.

Las comerciantes de artesanías de San Cristóbal pertenecen a familias que se establecieron en una de las más antiguas e importantes calles de la ciudad y cuya especialización comercial fue el intercambio de productos industriales con productos artesanales y agrícolas producidos por las familias indígenas.

El origen del comercio de este tipo de textiles, explica doña Natalia, comerciante de la calle Real de Guadalupe, se dio desde los años de 1850, con el comercio de hilos. En ese entonces había enfrente al parque central, entre la parroquia y la iglesia de Caridad⁹ varias tiendas que vendían hilos y todos los materiales que las indígenas necesitaban para hacer sus ropas. Juan González, Daniel Rubio, Ismael Constantino eran proveedores de la producción de textiles de la región. Después a partir de los años 1945-1950, las familias comerciantes establecidas en la calle Real de Guadalupe comenzaron a vender ropa industrial para los indígenas que salían a trabajar a Tierra Caliente. Las comerciantes compraban manta para elaborar ropa que los indígenas usaban en sus viajes de trabajo a las fincas cafetaleras del Soconusco y a la Depresión Central.

Nosotros como familia coleta, según me platicaban mis papás, nuestro negocio de artesanía viene porque mi abuelita también se dedicó a coser ropa para los indígenas. Ella les hacía su ropa de trabajo porque no podían salir a trabajar con esas ropas que usaban pues iban a trabajar en donde hace mucho calor y necesitaban ropa más ligera así como la de manta.... nuestra familia tenía relación con gente indígena de Tenejapa, San Andrés, se conocían por el negocio y se hacía amistad también. Y también se hacían compadres de mis papás, era muy esencial esa relación. Cuando llegaban se abría la casa, ellos traían su comida, traían frutas, verduras... Fue en 1950, fines, en 1960 cuando se disparó la artesanía, vieron ellos que jalaba... es una forma de las mujeres de aprovechar su tiempo , (Lucía Rosas, comerciante coleta).

El testimonio anterior es parte de una historia más reciente de la vida cotidiana de las familias de San Cristóbal que nos permite suponer que históricamente han existido relaciones de cooperación y de conflicto entre indígenas y mestizos. Son parte de las microhistorias en donde se mezclan los conflictos con las alianzas y cooperaciones entre mestizos e indígenas, que la gente construye día tras día en el diario acontecer de la ciudad.

Por otra parte, una de las ideas que ha predominado en los estudios de género y trabajo se refiere a los “obstáculos culturales” que las mujeres tienen que vencer para conseguir salir al trabajo (González, S. 1994). En este caso las mujeres no han tenido ese tipo de obstáculos pues más bien el trabajo remunerado ha sido parte de su cultura. Como hemos visto en páginas anteriores, tanto las indígenas como las coletas consideran muy importante en sus vidas, el trabajo remunerado. Según la versión de una coleta autora de *Mujeres, cinco generaciones*, las mujeres que se dedicaban a “pequeñas industrias” como las fábricas de cerveza dulce, de jabón, de rompopo y mistelas, de cofrecitos de madera, de ropa de manta para los indígenas, entre otros, eran mujeres de clase media para las cuales “la vida era afortunada” porque lograban su independencia económica. En cambio las mujeres de la “clase acomodada se dedicaban a “trabajos del hogar y sus ocios los llenaban con artísticas labores manuales...” (Ramos Ayanegui, 2001: 8)

La información anterior también nos explica en parte la situación de que el comercio de textiles en esta región, es controlado principalmente por las mujeres. Otro elemento explicativo es la especialización de la indígena en los textiles que facilitó también la especialización de las coletas en el mismo trabajo, como una comerciante coleta me platicó: “pues somos las mujeres las que conocemos bien toda la cuestión de la costura, además es mejor el trato entre puras mujeres”.

La participación de otros agentes distintos a las comerciantes coletas, quizás ha sido un factor que haya atenuado las contradicciones inherentes en la relación entre las contratadoras coletas e indígenas y las bordadoras, pues estas últimas tienen ante sí una gama de opciones: pueden pertenecer a una cooperativa promovida por la institución gubernamental o por grupos del partido oficial, pueden ser apoyadas por agrupaciones organizadas en torno a asociaciones no gubernamentales, pueden hacer

⁹ Iglesia del siglo XVI anexa a la iglesia de Sto. Domingo.

tratos con comerciantes “fuereños”, pueden seguir sus tratos con sus “clientes coletas” o también puede recurrir a todas al mismo tiempo o cambiar de una a otra opción en plazos de tiempo muy reducidos.

Estas estrategias pueden ser instrumentadas sólo en grupos, generalmente familiares u otro tipo de lazos rituales. De ahí la gran diferencia entre los tipos de locales establecidos en la calle Real de Guadalupe y otras calles del centro histórico: los de las coletas pertenecen a una sola mujer o familia de mujeres mientras que los de las indígenas siempre son promovidos por una cooperativa o financiadas por ONG's a las cuales, las artesanas pertenecen. Es sobresaliente la participación en estos organismos no gubernamentales, de mujeres pertenecientes a los municipios de Chenalhó, Larráinzar, Chamula y Zinacantan, mientras la presencia de las tseltales del área de maquila de textiles, es de menor importancia.

ESPACIO TEXTILERO, LUGAR DE LOS ENCUENTROS EN UNA CULTURA LABORAL DE MUJERES RURALES Y URBANAS

La ruta de las artesanías de Los Altos comienza en los primeros pueblos zinacantecos situados a orilla de la carretera que viene desde la Depresión Central a las montañas de Los Altos; estos pueblos reciben al visitante con la exhibición de sus textiles que se distinguen por un brocado sencillo y de grandes flores de llamativos colores. Un poco antes de llegar a San Cristóbal, se pasa por el poblado de Nachig en donde se puede apreciar una muestra del intercambio comercial entre las artesanas textileras zinacantecas y las alfareras de Amatenango del Valle y artesanos de otras partes del país. Las zinacantecas de este lugar se han especializado en el comercio de frutas y artesanías; sus puestos exhiben coloridos arreglos en donde se combinan palomas de barro y nuevos modelos de alfarería con canastas de frutas y textiles de lana e hilos sintéticos de grandes flores amarillas y moradas.

Siguiendo la carretera se atraviesan las ciudades de San Cristóbal y Teopisca y a través de un recorrido de 35 kilómetros se llega al poblado de Amatenango del Valle. Esta parte de Los Altos está situada entre la tierra fría de habitantes tsotsiles de maíz de temporal, horticultura y floricultura y la tierra caliente de los Valles Centrales de tierras de riego, plantaciones de azúcar y ranchos ganaderos. En toda esta extensión se puede observar a las mujeres sentadas en los corredores de su casa o en los patios vendiendo alfarería y bordando blusas.

Siguiendo de Amatenango del Valle hacia la carretera a Villa Las Rosas, se ubica el poblado de Aguacatenango, lugar de bordadoras. Este pueblo se puede considerar, además de San Cristóbal como el otro punto nodal del espacio textilero porque es el pueblo en donde residen las mujeres especializadas en la producción de este tipo de textil.

En varios de los poblados de esta área territorial hay decenas de mujeres que se dedican al bordado a mano bajo distintas modalidades y relaciones sociales. A través de estas prácticas productivas femeninas se ha extendido y reproducido en un espacio físico una cultura laboral¹⁰ que ha permitido a grupos de mujeres de diferentes pertenencias étnicas y territorios establecer contactos y relaciones de diversa índole. Estas relaciones se constituyen en circuitos que recorren los diversos ámbitos de lo local como la familia, la iglesia, el mercado y la política y de lo regional, nacional e internacional como el turismo, los movimientos sociales, las redes de solidaridad internacional, entre otros.

A mediados de los noventa mientras las indígenas se unieron para exigir apoyos al gobierno para la producción y comercialización y las coletas protestaban por las facilidades otorgadas a los

¹⁰ Se define a la cultura laboral como “la generación, actualización y transformación de formas simbólicas en la actividad laboral”, (Reygadas, L. 1998:49). En la literatura sobre el tema generalmente se trata a la cultura laboral relacionada con el ámbito directamente productivo. En este trabajo, dado que es un proceso de producción artesanal rural no manufactura industrial, el concepto abarca también los ámbitos de la comercialización y los espacios en donde las mujeres establecen relaciones y tratos a través de este trabajo.

indígenas para vender artesanías, el trabajo a domicilio prosperó. Mientras protestan, exigen y se organizan, ambos grupos continúan haciendo tratos a nivel interpersonal y familiar en sus tiendas y en sus poblados. Mientras las dependencias de gobierno “reparten hilos y manta” en los poblados, adquiriendo estos materiales en los establecimientos de las comerciantes coletas para no perder “clientes”, mientras se da la proliferación de cooperativas y demás asociaciones de artesanas, se ha dado también el crecimiento de otro grupo de artesanas, que son las que se dedican al trabajo a domicilio y las comerciantes y nuevas *empleadoras*.

Las tseltales, coletas, tsotsiles y mujeres de varias regiones y nacionalidades comparten conocimientos y formas de relacionarse a través de su trabajo de confección de blusas, vestidos y chalecos en una infinidad de diseños surgida de esa multiplicidad de creatividades femeninas. Las oposiciones y confrontaciones vistas comúnmente entre las etnias coleta e indígenas son transformadas y algunas veces atenuadas y resueltas. Todas estas mujeres en su interacción cotidiana comparten códigos y prácticas relacionadas con su actividad textilera, al mismo tiempo sus diferentes posiciones en la actividad textil y en el contexto socioeconómico como el ser una comerciante coleta, una comerciante indígena, artesana o trabajadora confieren a sus relaciones diferentes grados de acercamiento o distancia social, de cooperación y de conflictividad.

Actualmente esta producción de blusas de Aguacatenango y el trabajo a domicilio en la que se sustenta, se ha extendido a una área territorial que comprende a la ciudad de San Cristóbal y la pequeña ciudad de Teopisca —cabeceras de los municipios en donde se concentra la población mestiza de la región—, y varios poblados rurales, pertenecientes al municipio de Amatenango del Valle; el pueblo de Aguacatenango y varios pueblos cercanos al valle de Villa Las Rosas como El Puerto, Las Delicias, Laja Tendida, por ejemplo.

El poblado de Aguacatenango y los tres últimos pertenecen administrativamente al municipio de Venustiano Carranza pero social y culturalmente forman parte de los pueblos tseltales del sur de la región de Los Altos.¹¹ Esta clasificación pretende mostrar las principales localidades dedicadas a esta producción, sin embargo, a lo largo y ancho de este territorio —que comprende desde Amatenango hasta las proximidades del poblado de Villa Las Rosas—, existe un importante número de mujeres habitantes de colonias y rancherías que se dedican a la confección de blusas.

Los pueblos tseltales del sur de los Altos, que en el siglo XIX tenían un papel económico muy importante como abastecedores de maíz, frijol y chile a la ciudad de San Cristóbal, (Viqueira P. 2002), actualmente mantienen un constante intercambio comercial, cultural y político con las ciudades de Teopisca y San Cristóbal y han establecido diversas redes vinculadas tanto al culto y proselitismo religioso —Diócesis de San Cristóbal e iglesias protestantes— y al activismo político con diferentes partidos y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

El registro del número exacto de artesanas y trabajadoras de textiles en esta área es una tarea sumamente difícil. Esto sucede por varias razones: la dispersión de los poblados; la información estadística oficial es casi nula; en algunos lugares la producción es intermitente. Para cubrir esta ausencia se necesita, por lo menos, el levantamiento de un censo en todas las colonias y pueblos del área. Según lo observado en el trabajo de campo, en las localidades de Amatenango, parece ir en aumento el bordado de blusas pero sigue predominando la actividad alfarera y aún entre las mujeres de Aguacatenango, en donde la gran mayoría tiene como única actividad remunerada la elaboración de

¹¹ En esta investigación retomo la regionalización social y cultural de Viqueira (1995). Así, la región comprende a todos los municipios ubicados en la franja mediana del Macizo Central desde Zinacantan, San Cristóbal, Teopisca y Amatenango al sur hasta sus límites con Tabasco al norte. Esta regionalización se sustenta en una historia común y un constante intercambio humano y comercial mantenido desde siglos, (*Ibid.* p.35). La población rural del área textilera se localiza en la llamada “zona de transición” entre la tierra fría y la tierra caliente de las regiones oficiales Altos, Centro y Fronteriza.

textiles, existen diferencias en los grados de dedicación y tiempos de trabajo. En el siguiente capítulo abordaré con detalle estos aspectos.

Sin embargo, sí fue posible realizar un cálculo aproximado: del total de la población en edad de trabajar de la zona rural del área textilera, 43% de las mujeres se dedica al bordado, que en números absolutos representa a un número aproximado de 3 000 personas. Este porcentaje es significativo si se toma en cuenta que se incluye en este cálculo a la población de mujeres que se dedican a la alfarería. En los poblados no alfareros 61.5% de la población en edad de trabajar se dedica a la confección de ropa bordada. En los pueblos alfareros 15.5 % de esta población se dedica a los textiles. Sobre todo a la maquila, pues las mujeres de Aguacatenango se trasladan a los poblados amatenangueros para “encargar” trabajo de bordado de blusas a las alfareras.¹²

AGUACATENANGO, LUGAR DE BORDADORAS

Aguacatenango, pueblo tseltal de aproximadamente 3 800 habitantes, está situado en el área territorial de transición entre las regiones Altos y Valles Centrales de Chiapas. El pueblo pertenece administrativamente al municipio de Venustiano Carranza, pero territorialmente colinda con el municipio de Amatenango del Valle, la cercanía del poblado de Teopisca y a escasos kilómetros de la ciudad de San Cristóbal. Esta ubicación geográfica ofrece a la población mayores ventajas porque la sitúa a distancias relativamente pequeñas de ciudades como las ya mencionadas además de, Comitán, Villa Las Rosas, Venustiano Carranza y del ingenio de Pujilic. La gente tiene así mayores opciones de movilización para realizar diversos intercambios económicos como obtener trabajos remunerados, comercialización de productos y trámites administrativos.

Para ir a Aguacatenango es necesario viajar desde San Cristóbal hasta Teopisca y allí abordar el “microbús” que conduce hasta el pueblo. Este viaje da la oportunidad de observar el movimiento constante de mujeres que existe en el área: las que llegan a Teopisca a “hacer su mandado” es decir a comprar alimentos y enseres domésticos y materia prima para sus textiles; las que viajan de Aguacatenango a San Cristóbal a entregar las blusas a las empleadoras coletas o para venderlas por las calles; mujeres que se trasladan a Comitán para comerciar sus blusas; las que viajan a Villa Las Rosas para vender productos agrícolas, comprar enseres domésticos y “dejar trabajo” y también para visitar a sus amistades. Mujeres que van y vienen con su carpeta de documentos oficiales para hacer trámites en los diversos programas gubernamentales.

De allí que el viaje sea un punto de encuentro pues al llegar al pueblo siempre las mujeres aprovechan para iniciar la conversación con la *fuereña*. El recorrido de la carretera hasta el centro —2.5 km— da tiempo de sobra para que, por lo menos, las mujeres hagan sus tres preguntas básicas: “¿viene usted a comprar blusas?”; “¿viene usted a dar trabajo?”; “¿es usted de artesanías o de qué programa?”

Desde la primera visita al pueblo es evidente la pobreza en que vive la mayoría de sus habitantes. Pero no sólo es un pueblo marginado como muchos otros poblados rurales e indígenas de Los Altos y de otras regiones de Chiapas, sino que sus habitantes se consideran marginados también dentro de su municipio pues se quejan de que las autoridades de Carranza nunca les entregan completo el presupuesto asignado para el pueblo. Ellos cuentan que “en 1910 Aguacatenango era municipio libre y que fue en 1924 cuando perdió, ese año pasó una enfermedad grave, murió mucha gente y en 1924 quedó como colonia, lo jalaron al otro municipio de San Bartolomé de los Llanos”. Viven en la contradicción de su necesidad e interés de volver a ser “municipio libre” y la de estar reclamando una mayor cantidad de recursos del ayuntamiento de Carranza.

¹² Censo Nacional de Población 2000, INEGI.

EL ESPACIO TEXTILERO

En esta investigación se define el espacio textilero como un entorno construido y delimitado por las prácticas sociales y culturales de las mujeres textileras y que en particular se refieren al conjunto de relaciones vinculadas a la producción y comercialización de textiles cuyos diseños se originan en la vestimenta local de las mujeres de Aguacatenango. Un espacio en donde se extiende una cultura laboral, es decir un espacio en donde se comparten significados particulares de una especialización del trabajo, (McDowell, L. 1999).

En este sentido, el espacio textilero es un área con estructuras culturales de trabajo que son parte de la vida cotidiana de mujeres rurales y urbanas, las cuales comparten atributos distintivos de una especialización laboral tales como destrezas y saberes, prácticas productivas, intereses, pensamientos y acciones. A través de estos atributos compartidos se crean determinados valores, comportamientos y actitudes que generan una identidad ocupacional que imprime y explica parte de la dinámica de la sociedad local y regional.

Así, por ejemplo, las piezas textiles simbolizan esta cultura laboral. Las blusas de Aguacatenango son ejemplo de los encuentros interculturales entre indígenas y mestizas. Ambos grupos han puesto sus conocimientos para hacer de las prendas un producto vendible entre diferentes sectores de población. Las blusas tienen terminados de costura manual igual a las blusas *de viejita* de Aguacatenango, pero también están diseñadas de acuerdo con tamaños y modelos de bordado que son idea de las mestizas, basados en su creatividad ya sea utilizando diseños de bordados de otros países o retomando motivos locales como ciertos acabados arquitectónicos florales de las iglesias de la ciudad.

Desde el punto de vista del análisis estrictamente económico y asociado a la monetización es posible suponer una explotación de las artesanas por la vía del capital comercial. Las comerciantes coletas pueden obtener hasta casi 100% de ganancia contratando a las artesanas como trabajadoras. Pero, además este tipo de trabajo está mediado por una serie de relaciones personales en donde se comparten también diferentes solidaridades y formas de cooperación. Una comerciante de Real de Guadalupe me platica: “ahora no hay mucha venta, a mí me preocupa por las mujeres, porque ellas sí necesitan el dinero y si vienen y no hay trabajo se regresan tristes, por eso a veces les doy adelantado. Yo me llevo bien con las mujeres porque les tengo confianza...” Vemos entonces, que la confianza es un elemento mediador en la relación entre las comerciantes y las trabajadoras indígenas. Confianza y cooperación son dos valores que conforman esta cultura laboral entre mujeres rurales indígenas y mestizas urbanas.

Según las artesanas del lugar, la comercialización de este tipo de textil tuvo como origen el hecho de que al ir las *tseltaltes* de Aguacatenango a sus compras a San Cristóbal, a los turistas extranjeros les llamó la atención el fino bordado de sus blusas. Las mujeres de mayor edad relatan cómo se dio el origen de su actividad. Doña Filomena aguacatenanguera de más de 85 años recuerda cómo “*empezaron a llegar mujeres de San Cristobal, nos deja tela, primero mira si lo sabemos hacer y después nos dice que lo costuremos, si alguien no lo sabe hacer le enseñamos cómo lo va a hacer: sombrero y petate es lo que hacíamos antes para vender, ya la blusa la hacíamos pero sólo para nuestro vestido.*”

La manufactura de blusas en Aguacatenango se inició a mediados de los años sesenta del siglo pasado y sustituyó al tejido de petates y sombreros de palma que era la artesanía que las familias realizaban. Este tipo de producción seguía el modelo más común de la producción artesanal de Mesoamérica, pues era realizada por la familia en una organización laboral integrada a la producción agrícola, para venderse en mercados, (Nash, J. 1994; Littlefield, A.1976). Todavía en los años sesenta algunas personas se dedicaban a este trabajo que fue desapareciendo por la competencia de la producción semindustrial de otras regiones y por la dedicación de las mujeres al bordado de blusas.

Algunas de las tseltales también relatan que *la gringa doña Gertrude*¹³ vio las blusas que ellas portaban y les dijo que era un bordado muy bonito que se podía vender a los turistas si ellas hacían las tiras. Después las comerciantes coletas empezaron a comprarles sus blusas. Cuando la demanda creció y se necesitó aumentar la producción, las comerciantes empezaron a repartir material: hilos y telas para el trabajo en casa y posterior pago por blusa terminada. Inicialmente las blusas se vendían con el diseño original del vestido de Aguacatenango. Después las comerciantes coletas introdujeron el cambio hacia una tela más gruesa como la manta y así aumentar la demanda de los turistas. Pues la tela original era delgada no propia para climas más fríos.

La producción de textiles ha significado tanto para las coletas como para las tseltales un mayor bienestar en sus vidas y su familia, también una mayor revaloración de su trabajo dentro de sus comunidades respectivas. Sin embargo para las segundas ha significado también una mayor movilidad espacial y social. Mientras las comerciantes coletas desarrollan sus actividades siempre en sus locales que son al mismo tiempo sus viviendas familiares, las tseltales tienen que movilizarse entre pueblos y ciudades en busca de materiales, trabajadoras y compradores. Cuando recién llegué a Aguacatenango, la enfermera de la clínica lo primero que dijo sobre sus mujeres fue: “las mujeres de acá son muy andalonas”. Así también, el hecho de compartir una cultura laboral no significa que todas compartan los mismos intereses ni entre el mismo grupo étnico pues entre las tseltales algunas de ellas han logrado convertirse de trabajadoras de las coletas en empleadoras de mujeres tseltales de los alrededores de sus pueblos.

EL MODERNO TRABAJO A DOMICILIO: ESPACIO-PUENTE DE MUJERES

En el espacio textilero se ha creado un nuevo trabajo a domicilio. En este sentido argumento que este espacio puede considerarse como un espacio-puente. El espacio-puente se define como un espacio de cambio. Un espacio-puente podría ser por ejemplo, la ocupación temporal de un espacio público por manifestaciones del 8 de marzo —día de la mujer—. También podrían ser espacios-puente las expresiones externas de procesos creativos como en el cine, literatura y arte. Otra podría ser la integración de colectivos de mujeres a otros tipos de acciones reivindicativas, Son espacios que suponen procesos creativos y que aportan desde el presente hacia el futuro y que significan una ruptura con lo que existía anteriormente, (Del Valle, T. 1996). En relación con lo anterior sostengo también que el espacio textilero es un espacio puente que ha permitido también reforzar elementos culturales de un sistema de género que contribuyen a una mayor equidad en las relaciones de hombres y mujeres.

Por otro lado, la ocupación de las mujeres en el trabajo a domicilio ha sido vista como el resultado de las grandes transformaciones en la división internacional del trabajo, misma que observa para los países subdesarrollados, un proceso creciente de incorporación de la mujer al trabajo asalariado y actividades remuneradas, básicamente, en plantas maquiladoras, agroindustrias, comercio ambulante, empleo doméstico y demás actividades que se ubican en el sector de la economía llamado “informal”. Con la utilización de esta mano de obra femenina, se reducen costos a través de formas de producción descentralizadas, fragmentadas y de gran flexibilidad que son funcionales para un mercado de fluctuaciones constantes y en donde el productor tiene un grado relativamente elevado de control sobre el proceso laboral, ningún control sobre el producto y ningún contacto con el mercado y el uso de salario a destajo como forma de pago.

¹³ Gertrudy Duby, fotógrafa suiza que se dedicó a la defensa del grupo de lacandones y de la Selva Lacandona. Pionera del turismo extranjero en San Cristóbal. Creadora del Museo Na-Bolom.

Existe también una distinción entre el trabajo industrial doméstico y el “sistema de sacar trabajo a la calle” que es un sistema intermedio entre el gremio y la producción capitalista, el primero es controlado por el capital industrial mientras el segundo es controlado por el capital comercial (Nash, J.:1994; Salles, V. y González, S.:1994; Benería L. y Roldan, M.: 1992).

El trabajo a domicilio en este caso, no es resultado del proceso de cambio de un sistema artesanal independiente a un sistema regional de maquila con una división del trabajo definida entre comunidades y al interior de las familias, sino que se trata de un sistema más complejo que conjunta características de maquila, de artesanía y en donde las mujeres adquieren identidades laborales múltiples y flexibles. Así una misma mujer puede ser trabajadora y empleadora al mismo tiempo, artesana en algunas épocas y comerciante en otras. Un sistema propio, diría yo, de la moderna artesanía de la que he hablado anteriormente.

Ahora, estos cambios han tenido consecuencias distintas para las comerciantes y empleadoras urbanas y para las comerciantes, empleadoras, artesanas rurales. Por ejemplo, en el caso de Los Altos, esta persistencia y renovación de la artesanía textil ha generado una amplia movilidad territorial de las mujeres rurales no así de las comerciantes urbanas coletas, a quienes su actividad las ha mantenido casi todo el tiempo al frente de sus locales comerciales que son una extensión de su espacio doméstico. Es posible que, en su caso sí pueda hablarse de la misma condición femenina a la que se refiere Arias en el caso del Bajío, en donde la imposibilidad del desplazamiento de las mujeres ayudó a convertirlas en “trabajadoras territorialmente cautivas” y por tanto disponibles para “cualquier proyecto laboral que las demandase en su localidad” (1992: 241).

Entre las aguacatenangueras, el cambio de hacer sombrero a costurar blusas significó varias modificaciones en la vida de sus familias pues la producción de sombreros se hacía en una división del trabajo por sexos. Las mujeres tejían sombreros y petates y los hombres terminaban el producto costurando las orillas con agujas. *Cuando las mujeres se dedicaron a elaborar blusas, los señores ya no hicieron sombreros y se dedicaron a trabajar sus terrenos: pero ya cuando empezó el bordado los señores ya dejaron de hacer los sombreros y sólo siguieron haciendo su milpa, sembrar su frijol y las mujeres se quedaron aquí para bordar* (Rosa Méndez, artesana).

Las mujeres asocian el trabajo de las blusas con una mayor libertad de movimiento espacial para ellas. Cuando hacían sombreros y petates se iban a vender a Comitán o a San Cristóbal. *En ese tiempo salían a vender caminando por tres días hasta Comitán, lo hacemos porque cuesta o a San Cristóbal. Entonces, — cuentan las señoras— teníamos que ir con la compañía de los hombres, íbamos a pie, ahora con las blusas nos vamos en carro, ya si las mujeres se quieren ir a vender fuera, ellas se van solas,* (Natividad López, artesana de Aguacatenango).

El ir solas o acompañadas no sólo tiene que ver con el hecho de la utilización de transporte o ir caminando, sino sobre todo con el hecho de quién es el responsable directo del trabajo cuyos productos se comercializan. Cuando se hacía sombrero hombre y mujer los producían y ambos salían a comerciar. En el caso de las bordadoras y las alfarareras generalmente son ellas las que comercian sus productos. Igualmente sucede en el caso de las chamulas. Ellas son las que comercian directamente lo que producen: artesanías y borregos principalmente.

Considero que no se trata sólo de un modelo doméstico de relaciones laborales. Lo doméstico se quedó atrás en este trabajo a domicilio pues para la gran mayoría de la mujeres no representa un confinamiento permanente en sus viviendas. Por supuesto que existen diferencias entre ellas según el lugar que hayan logrado ocupar en la producción. Aunque existe una movilidad territorial de la gran mayoría, no todas tienen oportunidad de salir hacia lugares tan lejanos, como las líderes y representantes de organizaciones que han salido a lugares de Europa, Canadá y Estados Unidos. Incluso las mujeres más pobres o las trabajadoras tienen que estar frecuentemente trasladándose de un lugar a otro para

diferentes etapas del proceso de producción: van a dejar trabajo y a cobrar y aprovechan para asistir a eventos sociales o familiares o viceversa.

Así también indígenas y mestizas tienen distintas percepciones y valores sobre el trabajo doméstico. Comparando las opiniones de las comerciantes urbanas sobre las actividades domésticas y su experiencia con las de las rurales podemos decir que las primeras tienen un mayor vínculo y dependencia de su papel como “madres y amas de casa” que las segundas en donde parece ser que el trabajo es un factor al que conceden mayor importancia que las mujeres urbanas.

La opinión de una de las mujeres empleadoras tseltales al instalarse una máquina tortilladora en su pueblo fue: *estoy muy contenta porque ya hay una tortillería en Aguacatenango, así tengo más tiempo para mi trabajo porque la casa quita mucho tiempo.*

Mientras una comerciante mestiza comenta:

*Pero las mamás somos mamás y somos esposas antes que nada.....y a mis hijos también quiero decirles que los quiero, pero también quiero poner en práctica lo que mis papás me enseñaron: el negocio de las artesanías...y lo que toda mujer debemos hacer es ver procurar nuestra realización como personas, pero también como amas de casa, como madres, como esposas y después como intelectuales...la máxima realización de una mujer es que tenga hijos (Patricia Moreno, comerciante coleta)**

Al principio mi marido una vez que vino de México, me dijo que dejara yo el trabajo, me dijo: o que prefieres el trabajo o a mí, entonces yo le dije: prefiero mi trabajo, si te quieres ir pues vete yo me quedo sola y al fin que yo siempre me he mantenido y a mis hijos, ya ve usted que a las mujeres nos gusta tener nuestras cositas, nuestros animales..gallinas...hacer nuestro trabajo de bordado (Rosa Pérez, artesana tseltal, representante de organización de artesanas).

En este artículo he abordado algunos aspectos históricos y sociales que forman parte de los antecedentes y la explicación sobre la conformación del *espacio textilero* como un espacio de mujeres y enseña también la fortaleza femenina en la región. Así también he demostrado como este espacio es un entorno en donde tanto las tseltales como las coletas comparten una cultura laboral al mismo tiempo que han creado un espacio-puente. Es decir un espacio de cambio que les ha servido para trascender hacia nuevos contenidos de organización social y cultural que favorece una mayor equidad en las relaciones de género¹³. También he argumentado que el nuevo trabajo a domicilio es un trabajo que no implica el confinamiento de las mujeres en la vivienda familiar. Al contrario de esto, ha propiciado una mayor movilidad social y espacial. De acuerdo con lo anterior concluyo que esta cultura laboral ha contribuido no a reproducir modelos patriarcales sino a reforzar y crear identidades femeninas que se alejan de la subordinación y el dominio masculino.

* Rus, D. 1997. “Mujeres de Tierra Fría”.

¹⁴ Para ampliar el tema ver Ramos Maza T. “Género, etnia y trabajo. Relaciones sociales entre mujeres rurales y urbanas en la producción de textiles en los Altos de Chiapas”, tesis para obtener el grado de doctora en Antropología Social, en preparación.